

VII

COSETA SOLA EN LA OSCURIDAD CON EL DESCONOCIDO

Ya hemos dicho que Coseta no tuvo miedo.

El hombre la dirigió la palabra, hablando en voz baja y grave :

— Niña, esto que usted lleva es muy pesado para usted.

Coseta levantó la cabeza y respondió :

— Sí, señor.

— Déjemelo usted, repuso el hombre, yo se lo llevaré.

Coseta le cedió el cubo, y el hombre continuó andando junto á ella.

— En efecto, es pesado, dijo él para sí, y despues añadió :

¿ Niña, qué edad tienes ?

— Ocho años, caballero.

— ¿ Y vienes desde muy léjos de esta manera ?

— Vengo de la fuente que hay en el bosque.

— Y el punto adonde vas, está muy distante ?

— Está á un buen cuarto de hora de aquí.

El hombre permaneció un rato sin hablar, y despues dijo bruscamente :

— ¿ Tú no tienes madre, sin duda ?

— No sé, respondió la niña.

Y ántes que el hombre tuviese tiempo de continuar en el uso de la palabra, añadió ella :

— No creo tener. Las otras, sí, tienen madre; pero yo no.

Y despues de un momento de silencio, continuó :

— Yo creo que nunca la he tenido.

El hombre se detuvo, colocó el cubo en el suelo, se inclinó y puso sus manos sobre los hombros de la niña, haciendo esfuerzos para mirarla y ver su rostro en la oscuridad.

La cara huesosa y miserable de Coseta se dibujaba vagamente al lívido resplandor del cielo.

— ¿ Cómo te llamas ? la preguntó el hombre.

— Coseta.

El hombre experimentó como un sacudimiento eléctrico. Volvió á mirarla, y despues apartó sus manos de encima de los hombros de Coseta, tomó el cubo y continuó andando.

Al cabo de un instante, la preguntó de nuevo :

— ¿ Niña, dónde habitas tú ?

— En Montfermeil, si usted conoce mi pueblo.

— ¿ Y es allá adonde vamos ?

— Sí, señor.

Volvió á hacer él una pausa, y despues prosiguió :

— ¿ Y quién es quien te ha enviado á estas horas por agua al bosque ?

— La señora Thénardier.

El hombre repuso con un tono de voz que queria esforzarse por hacer indiferente, pero en la que se notaba sin embargo un temblor singular :

— ¿ Y qué es lo que hace esa Thénardier ?

— Es mi patrona, dijo la niña, y el ama de la posada.
 — ¿ La posada ? dijo el hombre. Pues bien, esta noche voy yo á alojarme en ella. — Conduceme allá.
 — Hacia allá vamos, dijo la niña.

El hombre andaba bastante de prisa. Coseta le seguía sin mucho trabajo ; pues ya no sentía la fatiga del peso. De vez en cuando, levantaba los ojos hacia aquel hombre con una especie de tranquilidad y de abandono inexplicable. Nunca la habían enseñado á dirigirse á la Providencia y hacer oracion. Sin embargo, en aquellos momentos, sentía ella en sí algo que se asemejaba á la esperanza y á la alegría y que subía hacia el cielo.

Transcurridos algunos minutos, el hombre prosiguió diciendo :

— ¿ Es que no tienen criada en casa de la señora Thénardier ?

— No, señor.

— ¿ Y estás tú sola ?

— Sí, señor.

Siguióse aún una interrupcion, despues de la cual añadió Coseta :

— Es decir, hay dos niñas.

— ¿ Qué niñas ?

— Ponina y Zelma.

De esta manera simplificó la niña los nombres romancescos del gusto de la Thénardier.

— ¿ Qué es eso de Ponina y Zelma ?

Son las niñas de la señora Thénardier, como quien dice, sus hijas.

— ¿ Y qué es lo que ellas hacen ?

— ¡ Oh ! dijo la criatura, tienen hermosas muñecas, cosas donde hay oro, todo lleno de juguetes. Ellas juegan mucho y se divierten.

— ¿ Todo el día ?

— Sí, señor

— ¿ Y tú ?

— Yo estoy trabajando.

— ¿ Todo el día ?

La niña levantó sus grandes ojos, donde habia una lágrima, que no se veía á causa de la noche, y respondió dulcemente :

— Sí, señor.

Pasado un intervalo de silencio, prosiguió :

— Algunas veces, cuando he acabado mis quehaceres y que me lo permiten, tambien yo me divierto.

— ¿ Cómo te diviertes tú ?

— Como puedo. Me dejan. Pero yo no tengo muchos juguetes. Ponina y Zelma no quieren que juegue con sus muñecas. No tengo sino un sablecito de plomo, así de largo nada más.

La niña mostraba su dedo meñique.

— ¿ Y que no corta ?

— Sí, señor, replicó la niña, corta la ensalada y las cabezas de moscas.

Llegaron por fin al lugar. Coseta guió al extranjero por las calles. Pasaron delante de la panadería, pero Coseta no se acordó del pan que tenía que comprar. El hombre habia dejado de dirigirla preguntas, y guardaba ahora ya un silencio triste. Cuando hubieron dejado la iglesia detras de ellos, al ver el hombre todas aquellas tiendas al aire libre, preguntó á Coseta :

— ¿ Esto quiere decir que hay aqui feria ?

— No, señor, es Navidad.

Al aproximarse al meson, Coseta le tocó el brazo tímidamente :

— ¿ Señor ?

— ¿ Qué, hija mia ?

— Ya estamos junto á la casa.

—¿ Y bien, qué?

—¿ Quiere usted dejarme que vuelva á tomar ahora el cubo?

—¿ Por qué?

—Es que si la señora ve que me le han traído, me pegará. El hombre la entregó el cubo. Un instante despues se hallaban á la puerta del bodegon.

VIII

DISGUSTO DE RECIBIR EN SU CASA Á UN POBRE QUE
TAL VEZ ES UN RICO

Coseta no pudo ménos de lanzar una mirada de lado á la grande muñeca que estaba siempre de manifesto en la tienda de juguetes, y despues llamó á la puerta. Abrieron en seguida, y apareció la Thénardier con una vela de sebo en la mano.

—¡ Ah eres tú, bribonzuela! Gracias á Dios! pues no ha estado por allá tiempo, qué digamos! habrá estado jugando, la tunanta!

— Señora, dijo Coseta temblando de piés á cabeza, aquí está un señor que viene á alojarse en casa.

La Thénardier reemplazó bien pronto su semblante áspero y regañon por un gesto de amable sonrisa, cambio á la vista tan propio de los posaderos, y se puso á buscar ávidamente con los ojos al recién llegado.